

IN MEMORIAM

Leopoldo Zea (1912-2004)

El 8 de junio de 2004 falleció Leopoldo Zea, maestro y amigo, durante casi cuatro décadas, de quien escribe estas líneas. Desde aquel día, recuerdo nítidamente, en que participé en la clase inaugural de su seminario de posgrado sobre la historia de las ideas en América Latina en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, Zea personificó el gran impulso a los estudios latinoamericanos durante la segunda parte del siglo XX, tanto en Latinoamérica como en el mundo entero. Fue el historiador, el filósofo y el ideólogo de América Latina, dedicando toda su vida a lo que consideró como su misión de concientización y liberación; antes de su muerte, pidió que sus cenizas fueran esparcidas por el continente latinoamericano. Durante los sesenta y cinco años que transcurrieron desde la publicación de sus primeros artículos, Zea escribió y publicó constantemente libros y artículos, ocupó cargos de importancia en la Universidad y fuera de la misma, enseñó en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM y también en otras instituciones como El Colegio de México, propiciando la investigación y la difusión de los estudios latinoamericanos a nivel nacional, continental y mundial. Se trató de una especie de círculos concéntricos que fueron formando progresivamente una gran red de latinoamericanistas, unidos tanto por sus investigaciones y por sus intereses comunes como por una amistad y solidaridad que iba surgiendo de sus mancomunados esfuerzos en una labor común. No dudamos en estipular, en lo que se refiere al estudio de las ideas en América Latina, que es dable hablar de un antes y un después de Leopoldo Zea. Y ese después incluye mucho más que la historia de las ideas latinoamericanas.

Con los dos tomos de su clásico *El positivismo en México (1943-1944)*, a comienzos de la década de los cuarenta, Zea antepuso un nivel nuevo y superior para los estudios de la historia de las ideas en América Latina, ya sea en lo que se refiere al amplio bagaje de fuentes primarias y secundarias como a su rigurosa metodología de investigación y su conceptualización historiográfica e historiosófica. Se trató, ya entonces, de la postulación de un nuevo paradigma

hermenéutico que conllevaba, como veremos, la reivindicación tanto del pasado como del presente y el futuro latinoamericano ante las tendencias hegemónicas eurocentristas u occidentales en general.

En esa primera década de los cuarenta, el joven Zea se fijó asimismo el objetivo de ampliar el ámbito de sus investigaciones a todo el continente latinoamericano, cosa que llevó a cabo a lo largo de dos cauces que también serían característicos de su futura labor. Por un lado, realizó un viaje por Latinoamérica entre mediados de 1945 y mediados de 1946, en palabras del filósofo uruguayo Arturo Ardao: “un silencioso viaje de paciente investigación”. Investigación historiográfica, de bibliotecas, de libros, de fuentes, de conversaciones, y conocimiento de los colegas, filósofos, historiadores, intelectuales, presentando sus ideas y postulando constantemente a la historia de las ideas en América Latina como legítimo objeto de los estudios académicos; más aún, como una de las más urgentes prioridades de la agenda intelectual del momento. A su regreso, Zea escribiría que también fuera de las fronteras mexicanas detectaba, con respecto a Iberoamérica, “un afán de saber lo que ha sido, como primer paso para saber lo que podrá ser”. Este viaje le permitió comenzar a hilar los primeros contactos personales de la red de latinoamericanistas que iría desplegándose progresivamente. Y es que Zea se vio poseído, desde un principio, por una imperiosa necesidad de concretización y de personificación. América Latina, para él, debía tener muchos nombres propios, muchísimas caras conocidas, muchos amigos, muchos encuentros, discusiones, disidencias, coincidencias, decisiones y acciones conjuntas. Para él, lo abstracto y universal debía reducirse siempre y a final de cuentas a las personas particulares, diferentes, peculiares, con cuyo contacto fue enriqueciéndose constantemente, enriqueciéndose también ellas con él. Zea no es el filósofo de la torre de marfil, sin que ello mermara en lo más mínimo su nivel intelectual; por el contrario, es el filósofo de los caminos, de los encuentros, de las amistades. Caminos que recorrió incansablemente, para conocer, saber, comprender y actuar, entonces, con conocimiento de causa; caminos que también recorrieron por todo el mundo sus numerosos libros y artículos y sus múltiples traducciones.

El segundo cauce en la ampliación a nivel continental del estudio de la propia herencia cultural latinoamericana durante los cuarenta fue el de la publicación de su *Dos etapas del pensamiento en Hispanoamérica* (1949), resultado, en gran medida, del recordado viaje de estudios. Cuando las llamas de la segunda conflagración mundial consumían al continente europeo, considerado hasta entonces como la fuente de toda civilización y cultura por parte de los intelectuales latinoamericanos, Zea dejó de lado las muletas eurocéntricas para dedicarse a la revalorización y la reivindicación del pasado latinoamericano y de su bagaje cultural, desviando la mirada de los supuestos cielos universales europeos hacia su propio terruño mexicano y hacia su propio continente. Desde

un principio rechazó las abstracciones y las conceptualizaciones supuestamente universales, considerándolas como mera expresión de los intereses particulares propios del colonialismo cultural. Para Zea, la reivindicación del valor de lo propiamente latinoamericano y la deconstrucción de las ideologías y filosofías eurocentristas, con sus supuestas aspiraciones de universalidad, fueron las dos caras de una misma moneda. Para él, lo importante siempre fue lo plural, las culturas y no la cultura, los seres humanos diversos, concretos, y no la humanidad, y cuando sí se refería a ésta, lo hacía considerando que lo propio y esencial de los seres humanos, lo que los hacía iguales en tanto tales, era precisamente su concreta, peculiar y diferente forma de ser. Fue en nombre de este humanismo que Zea exigió la reivindicación de la humanidad latinoamericana, y por ese mismo humanismo nunca cayó ni en chauvinismo mexicano ni latinoamericano. Somos todos iguales en nuestro común derecho a ser diferentes.

Zea fue nutriéndose, en un comienzo, de diversas corrientes filosóficas, entre las que coparon un lugar muy especial, en las primeras décadas de los cuarenta y los cincuenta, el circunstancialismo y el perspectivismo de José Ortega y Gasset. Lo que Zea haría no sería un estudio de las ideas por sí mismas, sino más bien una historia intelectual, contextualizando y significando el pensamiento filosófico en las circunstancias específicamente latinoamericanas, o de los diferentes países del continente. Esta historia intelectual le facilitó la investigación de la evolución del pensamiento latinoamericano en tanto tal, o sea por sí mismo y no en tanto un mero y mecánico reflejo que se iba configurando en función de la influencia de las filosofías y las ideologías en boga en el viejo continente. Con esta apuesta metodológica e historiográfica, Zea promovió un cambio fundamental en la percepción de lo que debería entenderse por influencia cultural. Para Zea no se trataría ya de las cargadas y preciosas nubes que surcaban los cielos del Atlántico para dejar caer su preciosa lluvia de creatividad europea sobre las cabezas de los pobres y ávidos habitantes del mundo intelectual latinoamericano, sino que se trataría de la reivindicación del intelectual latinoamericano en tanto **su** sujeto histórico y cultural, **analizando** el abanico de opciones culturales que se abría ante él, tanto en el mundo entero como en su propio pasado cultural, **valorizándolas y seleccionándolas** en función de la relevancia de tales opciones para sus propias necesidades y urgencias históricas, y **reinterpretando, recontextualizando y resignificando** lo escogido acorde a tales necesidades. No por casualidad aparece en los títulos de diversos libros suyos el término “en”: *El positivismo en México, La filosofía en México, Dos etapas del pensamiento en Hispanoamérica*, etc. Se trató, desde entonces, del estudio de la filosofía latinoamericana en tanto tal y por sí misma, y no como mero eco eurocentrista, nutriéndose tanto de su propio derrotero intelectual como de otras y diversas raíces culturales, pero resignificando éstas últimas en función

de su contextualización en la propia realidad latinoamericana. Simplemente como lo propio de toda creación intelectual en tanto tal, escribiría Zea, también la europea, con un Santo Tomás de Aquino nutriéndose de Aristóteles, y con una filosofía occidental que comenzaba en Mileto. Del mismo modo que ello no quitaba autenticidad y originalidad a tal pensamiento, no se la quitaba tampoco al pensamiento latinoamericano.

Con la reivindicación del intelectual latinoamericano se daba también la del pensamiento latinoamericano, el que Zea entiende y postula en tanto una constante confrontación entre la dependencia y la liberación, dos hilos de una misma historia, de una misma cultura. A esto dedicó no pocas de sus publicaciones, ya sea uno de sus intentos más ambiciosos, *Filosofía de la historia americana* (1978), como otros menos voluminosos pero no menos brillantes, como *Simón Bolívar. Integración en la libertad* (1980), en el que considera al Libertador como uno de los hitos más importantes y decisivos de ese hilo de libertad y liberación del pensamiento latinoamericano del que intentaba seguir tirando el mismo Zea. El título del primero de ellos habla por sí mismo: no podrá haber una verdadera **Filosofía de la historia**, tal cual Hegel creía desplegarla bajo dicho título, sin tomar en cuenta la **Filosofía de la historia americana**: la marginación y el ninguneo de la perspectiva latinoamericana, tal cual se daban en el gran filósofo alemán, quien consideraba a América como “el eco del viejo mundo y el reflejo de vida ajena”, conllevaban para Zea, necesariamente, el cercenamiento y la invalidación de toda filosofía con aspiraciones universales, convirtiéndola, *a priori*, en otra expresión ideológica del colonialismo cultural.

También en el segundo de los libros mencionados, aquel dedicado a Bolívar, Zea se mide con la historiosofía hegeliana en la que venía a culminar, supuestamente, la historia de la filosofía en general. Zea nos recuerda que en la filosofía de la historia de Hegel el avance en la conciencia y la realización de la libertad se dan dialécticamente, valiéndose de “la astucia de la razón”, o sea que el espíritu, en su proceso de concretización y autorrealización, se sirve de las ambiciones y las pasiones personales de los grandes héroes de la historia (César, Alejandro Magno y Napoleón Bonaparte), que al correr tras las mismas van ampliando progresivamente el reino de la razón y la libertad. “Los tres son creadores de imperios”, comenta Zea, “y ha sido a través de estos imperios que los hombres y pueblos han tomado conciencia de la humanidad que los trasciende, así como de lo que es esencial a tal humanidad, la libertad”. Pero Zea planta ante ellos a Simón Bolívar, quien ni siquiera había sido mencionado por Hegel; un Bolívar que no sólo había combatido contra el dominio colonial español, contribuyendo decisivamente a su derrota y a la creación de 17 nuevas repúblicas, sino que asimismo había sido plenamente consciente de su misión. Zea considera a Bolívar como la contrapartida de los héroes hegelianos y, para

ilustrarlo, nos trae las clarísimas palabras del mismo Bolívar al rechazar la corona del César de los Andes que le ofrecieron sus generales: “Yo no soy Napoleón ni quiero serlo; tampoco quiero imitar a César; aún menos a Iturbide. Tales ejemplos me parecen indignos de mi gloria. El título de Libertador es superior a todos los que ha recibido el orgullo humano”.

Por supuesto, Zea es plenamente consciente de que la realidad histórica de América Latina durante el siglo XIX y el siglo XX fue muy diferente, pero le es importante el detectar y rescatar ese hilo de conciencia y de liberación siempre presente en la historia latinoamericana ante los colonialismos de toda índole: “Bolívar será, en este sentido, un extraordinario exponente de la filosofía de la historia de pueblos que habiendo entrado a esta historia bajo el signo de la dependencia, han de luchar a lo largo de la misma para negarla, para anular la servidumbre que la misma implica, afirmando, de esta forma, la indiscutible humanidad de sus individuos y de sus pueblos”.

Ante el colonialismo cultural y las abstracciones supuestamente universales de todo tipo, Zea postuló en todo momento lo que considero como la piedra fundamental de todo su pensamiento: “el universal concreto”. Ante la abstracción que conlleva la uniformación y la homogeneidad, postuló lo concreto, lo específico, lo diferente, la heterogeneidad, el hecho de que somos todos iguales en nuestro común derecho a ser diferentes. Ante la humanidad, diría yo algo provocativamente, las caras, las facciones y los nombres propios de los hombres de carne y hueso y de los pueblos todos. De aquí podríamos partir al análisis del modo en que esta idea fundamental se proyectó a lo largo y lo ancho de su prolífica empresa: el concepto de dependencia, la teoría de la yuxtaposición, su discurso desde la marginación y la barbarie, etc. O su idea de “discrepar para comprender”, subtítulo de uno de sus libros, en el que postula la necesidad del reconocimiento del otro en la comprensión de su diferencia, de nuestra diferencia, comprensión en la que radica la posibilidad de la convivencia en la solidaridad y no en la supeditación. Pero estas líneas comenzaron a escribirse en honor del maestro y del amigo recientemente fallecido, y su objetivo no es otro que apuntar a algunas de sus ideas directrices, ya en la primera etapa de su labor, tal cual recuerdo que fui conociéndolas desde fines de los sesenta, y siendo a veces testigo de su misma elaboración. Sean estas líneas una invitación al estudio de su obra para aquellos que no han profundizado en ella y un momento de recuerdo, respeto y honor junto a aquellos que sí lo conocieron y sí lo han hecho.